

Pequeña ofrenda sacrificial a Claude Lévi-Strauss

Axel Lazzari¹

El Pensamiento Salvaje es, sin duda, un monumento. Cada una de sus partes, infinitamente divisibles y recomponibles, se vuelven otros tantos monumentos cuando las aislamos para analizarlas y comentarlas. Este gesto de poner al costado puede ser metodológico, asegurando la posibilidad de reponer la parte dentro de la obra, que es parte de otra obra, fragmento de otra ... Pero podría ser también un pequeño desvío en el arte recombatorio del *bricoleur* y culminar, esta vez, en un acto de destrucción sacrificial.

El sacrificio es un punto clave del pensamiento y de la actitud de Lévi-Strauss frente a la religión. El autor -este concreto de la función autor- aborda el sacrificio en relación al supuesto totemismo, “supuesto” porque no cabe dentro de sí, siendo una transformación de otros tantos sistemas clasificatorios, salvajes o domesticados, con funciones significantes. La comparación entre sacrificio y totemismo es problemática, incluso demasiado inestable, producto de una asimetría que pone, de un lado, un modo signifiante de ligar naturaleza y cultura, y del otro, un modo -¿signifiante?- de conectar humanidad y divinidad. En la comparación operan, a nivel subyacente, dos relaciones de oposición que se transforman en un intercambio generalizado “naturaleza-humano-divino-naturaleza-humano-etc.”, constituyendo lo humano, sólo uno de los términos de pasaje. Esta forma de plantear el problema no es la que elige Lévi-Strauss quien, al contrario, se encarga de resaltar que el totemismo y el sacrificio son “sistemas mutuamente excluyentes”, quedando su planteo situado en el plano de un intercambio restringido. El precio de esta elección es someter el sacrificio al desnivel que le impone la perspectiva de una lógica clasificatoria totémica.

El totemismo funciona enlazando lo aparentemente discontinuo. Ya en este punto se presenta un problema pues si la clasificación “pura” liga lo “aparentemente” discontinuo apelando a ciertos signos no arbitrarios ya ínsitos en la materia clasificable,

¹ Axel Lazzari (Ph. D) es antropólogo. Estudió en la Universidad de Buenos Aires, en la Universidad Federal de Rio de Janeiro y en la Universidad de Columbia. Actualmente es profesor regular de antropología en el IDAES/UNSAM e investigador de CONICET. E-mail: axellazzari@hotmail.com

entonces dicha ligazón clasificatoria, ¿no es ya un pensamiento religioso? La cuestión es indecidible porque, por una parte, para Lévi-Strauss, la naturaleza se ofrece al pensamiento preordenada en especies y, por otra, la ordenación a posteriori requiere de un desdoble que es lo humano. El clinamen de la naturaleza hacia su doble humano es expresado aquí y allá por Lévi-Strauss como un ofrecimiento y súplica, pero este vocabulario fenomenológico no quiere ser del todo fenomenología. Si la naturaleza no es inerte ni muda tampoco es parte de una “prosa del mundo”. Por la misma razón que en su umbral hay cierta humanidad -una *humanidad de umbral* que se da a clasificar/razonar- resulta que la divinidad de la naturaleza también es ambigua y ambivalente. La naturaleza sería un trickster.

Las observaciones precedentes no impiden apreciar y acompañar el placer de Lévi-Strauss en sus incursiones por la lógica del pensamiento salvaje en la dirección horizontal humano-naturaleza. En este circuito restringido el pensamiento salvaje comienza y recomienza incesantemente sus clasificaciones que distinguen y juntan especies naturales en términos de diferencias de cultura -totemismo- y grupos de hombres en términos de especies naturales -sistemas de casta. En el eje vertical, el pensamiento salvaje realiza clasificaciones más arriesgadas: hacia arriba, creando categorías universales abstractas que desembocan en la “humanidad” y hacia abajo, tratando de capturar individuaciones concretas hasta rozar la “subjetividad interior”.

De nuevo se anuncia en esta vertical por la que asciende y desciende el pensamiento salvaje el problema del sacrificio. Dejando de lado si están prototipizados o no los clasificadores de abstracción como arriba/abajo, derecha/izquierda o los puntos cardinales, surge la cuestión de que llegado a un punto, el más abstracto, el de humanidad/no humanidad, el pensamiento salvaje, según el autor, demuestra su agotamiento y va dejando lugar a la confusión, la cacofonía y la cacografía, todas modalidades de una afección. Lo mismo sucede cuando el pensamiento salvaje usa los clasificadores en dirección al individuo concreto, porque si bien es cierto que “individuo” es una categoría e, incluso, como se esfuerza por demostrar Lévi-Strauss, buena parte de los nombres propios son aparentes (efectos de re combinaciones), queda un resto de indeterminación adosado a la cara interna de la máscara social del nombre que es la subjetividad concreta en su intención y su experiencia.

Al encarar el problema del sacrificio Lévi-Strauss ya ha dado muestras de una maestría retórica que nos recuerda siempre la figura de la clasificación/razón y lanza al fondo, a un profundo fondo epistémico, lo oscuro y lo confuso. Desconfiamos. Lo sagrado no solamente plantea el tema de la conexión entre hombre y divinidad sino que también es bueno para pensar -¿o captar?- el problema mismo de la conexión sustancial. Recordemos que el autor quiere entender el sacrificio como un código en relación con el código totémico. El sacrificio “intenta” o “cree” -palabras de Lévi-Strauss- conectar lo sagrado, lo que es radicalmente separado, a lo profano. Sin embargo, en lugar de obtener una cadena de discontinuidades, como en toda clasificación, el sacrificio desemboca en una comunión. ¿Por qué?

En el sacrificio las cosas no se presentan en base a un modelo de uno a uno, sino de tres -el sacrificador, la víctima y la divinidad- reconducidos, luego, a un vínculo de uno a uno. “El sacrificio es una operación *absoluta* o *extrema* que versa sobre un objeto intermediario”, enfatiza con cierta alarma Lévi-Strauss. La elección de la víctima está supeditada a la tarea de mediar el foso hombre y divinidad. La víctima puede ser “cualquier cosa” lo cual supone empobrecimiento clasificatorio; efectivamente, de cara a lo sagrado, que es heterogeneidad radical, todas las cosas, desde un pedazo de pan, un puñado de tierra, hasta una persona o un ejército son intercambiables entre sí, en caso que la urgencia lo requiera. La consagración transforma a la víctima en objeto liminar; ambigüedad y ambivalencia electrifican las oposiciones sujeto y objeto, pasivo y activo, signo y sustancia que caracterizan a toda ofrenda. Se trata de un fetiche de acentuada peligrosidad moral en tanto que conector material desconectable e hiperconectable. En este carácter de fetiche, la víctima se vuelve puente con lo sagrado y, una vez obtenida la conexión, se destruye para permitir la liberación de la gracia divina. De esta forma lo sagrado queda preservado en el acto mismo que se establece la comunicación sacrificial. Se trata de un cortocircuito de alto voltaje, un fenómeno destinal que se alcanza mediante clasificaciones poco discriminantes, aboliciones de materiales consagrados y explosiones cacofónicas de confusión.

El sacrificio construye una secuencia fáctica en la que los términos, a diferencia de la clasificación, se van asemejando por contigüidad. En rigor, el sacrificio, según Lévi-Strauss, no conecta lógicamente (pues lo sagrado es *por definición* inalcanzable) pero sí

lo hace sustancialmente *a pesar de las definiciones*. “El sacrificio crea un déficit de contigüidad e induce por la intención de la plegaria el surgimiento de una continuidad compensadora en el plano de la creencia inicial sentida por el sacrificador”. La irreversibilidad del sacrificio, el punto final y el nunca más absoluto y extremo que inquieta al autor, están dados por la anulación de una subjetividad anómala. Resulta paradójal este movimiento pues Lévi-Strauss, al tiempo que se resiste a principiar su filosofía en el “yo”, desconfía de la religión porque precisamente lo destruye. ¿Acaso Lévi-Strauss nos está sugiriendo otra forma de preservar la sacralidad del yo? Insinuamos que el modelo sacrificial también se diferenciaría del totemismo porque mientras aquel opera sobre fetiches con residuos de subjetividad, éste trabaja con especies que funcionan como categorías de sujeto. El sacrificio, entonces, es un intercambio asimétrico que finaliza abruptamente con la destrucción de un mediador inestablemente subjetivizado.

Sin duda, Lévi-Strauss privilegia el pensamiento lógico-clasificadorio -la razón pasional, salvaje o domesticada, pero siempre razón- en el abordaje a lo humano, desconfiando de las propuestas que arriban a éste desde el ángulo de lo religioso y lo afectivo y destacan el papel de la pasión en crudo. Si no entendemos mal, la religión sería una razón defectuosa, o –teología moderna mediante- pasión racionalizable. En uno y otro caso, lo religioso comenzaría donde la clasificación se agota (incluso, al interior de lo religioso, la teologización requeriría de periódicas renovaciones carismáticas). Ahora bien, retomando lo dicho acerca del presupuesto de la preordenación en especies del mundo natural, señalamos que el pensamiento clasificatorio, aún en plena actividad “normal”, ya muestra rasgos de religión. Incluso, agregamos ahora, habría sacrificio dentro del mismo totemismo, siendo su víctima el residuo de subjetividad que razona/clasifica. Hay también tres y no sólo dos series en el totemismo, y esa tríada que era parte esencial de las “malas teorías” que critica Lévi-Strauss en *El Totemismo en la actualidad*, supone un agente quien, independientemente de que se le atribuya una intención o un error, se gasta físicamente.

Lévi-Strauss afirma que el pensamiento salvaje clasificatorio opera sobre “realidades” (las especies naturales y los grupos humanos) mientras que el sacrificio introduce “un término que no existe”, la divinidad. Nos sorprende un poco el autor con esta idea

acerca de una divinidad inexistente ¿En qué sentido no existe la divinidad? ¿No es perceptible sensorialmente? ¿No es inteligible? Y aunque percepción e intelección sean propiedades del ser, ¿acaso el propio autor no admite en *nota a pie de página* que el “ser del ser” no puede ser significado? ¿Puede entonces Lévi-Strauss, al tiempo que dedica el *Pensamiento Salvaje* a Merleau Ponty y ataca a Sartre, “olvidar el ser”?

En resumen, para Lévi-Strauss, sacrificar –hacer sagrado- así como su inversión sacrílega, son operaciones humanas que abdican de la razón clasificatoria, sea ésta salvaje o domesticada (científica). El sacrificio, en rigor, no es un sistema sino un conjunto de actos y discursos demasiado abiertos que tienen un efecto de creencia. Lo religioso no puede significar –no está en lugar de otra cosa, porque eso otro no es. Lo sagrado no sería lo opuesto de lo profano –habría allí significación-; es eso *ritualmente* pero también es algo más que envuelve a lo profano de manera que desde éste nunca puede ser captado enteramente el ser. Por eso, dice Lévi-Strauss, con el sacrificio entramos en un discurso que confunde, en el que las clasificaciones se borron, “desprovisto de buen sentido”, “aunque sea frecuentemente pronunciado”. El sacrificio, por su carácter de gasto y desgaste, no es un discurso únicamente.

Lévi-Strauss tal vez sospechó que su intento de entender lo sagrado y lo religioso como pseudo-significación, manteniendo a raya la explicación de su maestro Durkheim en base a la “efervescencia” y el “sentimiento”, no fuese tan logrado como su modelo del totemismo. Quizá, si reconstruyéramos el contexto parisino de las discusiones entre existencialistas, fenomenólogos, marxistas y estructuralistas, afirmaríamos que no resultaba *insignificante* decir que el sacrificio y la religión estaban del lado de las formaciones y actos ideológicos. Más allá de eso, creemos desde el presente -¿o deberíamos decir “archivo” como el propio Lévi-Strauss apuntó?- que este fracaso relativo deja una enseñanza. Se trata de una orientación valorativa, a saber: abordar el fenómeno religioso partiendo desde la razón hacia sus límites y no a la inversa. Incluso, si se quiere, desde una razón pasional. Es evidente que el hombre no es, para Lévi-Strauss, el “homo duplex” de Durkheim. Tal vez convendría considerar, admitida su posición ambigua y ambivalente en el intercambio generalizado entre “naturaleza-humano-divino-naturaleza-etc.”, que el hombre es “múltiple”, es decir, un mediador que

se desplaza en la cadena y es, a su vez, constantemente mediado. Su estatuto no se dirime entre el “animal” y el “ángel” sino “entrambos” y en un corrimiento no lineal. Tomada en conjunto, ¿habría en la aproximación de Lévi-Strauss a lo religioso una intimación religiosa? Opinamos que en la interpretación antipática del sacrificio, el autor anuncia otra actitud religiosa cuyo eje pasa por el diferimiento de la comunión y lo comunitario. Podrían explorarse a partir de aquí las relaciones con el racionalismo de Spinoza, la experiencia de la Segunda Posguerra Mundial, el Holocausto, el secularismo francés o con en la prédica del propio Lévi-Strauss, desde la UNESCO, contra el racismo como forma de justificación del sacrificio y el autosacrificio por parte de los elegidos. Pero ateniéndonos a las premisas, la separación radical y, a la vez, conmensurabilidad supresora entre sagrado y profano, ¿es posible una “buena religión” y, por ende, la determinación de la “buena víctima” en los tiempos seculares? La cuestión pasaría por saber si el desplazamiento y el retraso implican otro modo de sacrificar. Lo sagrado debería ser pensado como *operador sustancial* antes que como pura sustancia. La razón que lo piensa sería una razón descreyente (y no una pasión racional o una creencia racionalizada) y la conexión con lo sagrado se establecería a través del juego. Habría que introducir en el rito sacrificial sustitutos de las víctimas, manteniendo lo que éste tiene de materialidad, desgaste y promesa de confusión. ¿Cuál sería esa víctima? El sujeto-que-cree. ¿Cómo sería el sustituto del sujeto-que-cree? Lévi-Strauss da una pista. Comienza situando el nivel del pensamiento salvaje en el signo, entidad que está entre la imagen y el concepto. La imagen, que está del lado de lo concreto, revela no la subyacencia sino la coexistencia de la materialidad con la función lógico-sígnica.



Una imitación de esta imagen ilustra la portada original de *El Pensamiento Salvaje*.

Es un pensamiento salvaje o viola tricolor.

Revelación de un golpe, en el que se intuye todo *porque* se conoce algo. En la operación de pasaje entre todo y algo se muestra la alteridad de lo sagrado. Al fin y al cabo, la ciencia de lo concreto, que es la clasificación salvaje, ¿no capta las diferencias de especies porque son imágenes-signos (visuales, auditivas, olfativas, táctiles, gustativas) y, en la medida misma de su liminaridad, están también consagradas? ¿No podría repensarse la actividad sacrificial en función de la imagen sígnica antes de situarla como el agotamiento del signo de cara a un ser desbordante que licua toda significación y toda imaginación? El *juego evocativo* de las imágenes junto con el *juego de los procedimientos de combinación* podrían funcionar como operadores de alteridad y sacralidad, en sí mismos materiales, destructivos y confusos. Ante la pregunta por la “buena víctima”, proponemos que se exploren las implicancias de las *sustituciones imagínicas, o fetiches, de los sujetos-que-creen*. La nueva religión inspirada en Lévi-Strauss –aunque no en él exclusivamente- ofrecería a lo divino consagradas palabras dichas, panoramas gastados, sonidos usados, épicas interrumpidas, teologías en bancarrota. El hombre es multiplex y su sacrificio así como el de sus sustitutos debería ser fingido, como fingidos y mediables también deberían ser los dioses. Eso nos gustaría creer.